

FOTO: Archivo Particular

MILAGRO

¿Qué hay en una palabra? En «milagro» solemos depositar la esperanza de que lo imposible se resuelva en un santiamén: sanar una enfermedad, pagar las deudas o salir de un problema. Todo rápido y, si es posible, sin hacer fila. Pero hay milagros que requieren paciencia, voluntad y trabajo compartido. En este país laico, pero consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, el milagro que más anhelo es sanar nuestras heridas y reconciliarnos alrededor de un país común, aun con nuestras diferencias. No necesitamos pensar igual para convivir; necesitamos reconocer que el otro también tiene derecho a construir su proyecto de vida. Combatir las injusticias, la inequidad y la desigualdad exige algo más que discursos encendidos. Nadie es idéntico a nadie, ni siquiera los gemelos, pero todos merecemos dignidad, oportunidades y respeto.

Las diferencias no deberían convertirse en una condena ni en una excusa para la exclusión. Irene Vallejo nos invita a cuidar la conversación: moderar las palabras, escuchar mejor y permitir que las ideas ocupen el lugar del odio. Su reflexión nos recuerda cuánto podemos hacer, desde la vida cotidiana, para recuperar el encuentro. Luego de los primeros cien días de gobierno y con una herencia desafortunada, creemos que es tiempo suficiente no para milagros sino para tener una idea de lo que nos espera en el almuerzo, el desayuno lo conocemos. La buena voluntad del presidente y sus colaboradores, pero es necesario tambien entender que el país está dividido y con enormes problemas no solo fiscales sino humanos.

Nos hace falta conversar sin convertir cada desacuerdo en una declaración de guerra. En la familia, entre amigos, en las redes y en la política, hemos adquirido una preocupante destreza para responder antes de comprender. ***A veces parece que escuchamos solamente para recargar el argumento. Dialogar exige admitir que podemos estar equivocados. Reconciliarnos requiere reconocer el daño, asumir responsabilidades y reparar cuanto sea posible. El perdón puede abrir una puerta; atravesarla y reconstruir la confianza toma tiempo. Tampoco significa renunciar a la justicia.*** Ese milagro no llega listo ni tiene entrega inmediata. Se construye con gestos repetidos: bajar la voz, abandonar el insulto, cumplir la palabra, escuchar una historia distinta de la nuestra y volver a intentarlo cuando la impaciencia nos gana. Podemos pedirle a Dios que nos ayude a sanar este país.

También podemos poner de nuestra parte para que esa oración encuentre manos dispuestas. Otra obviedad es que la campaña para ser presidente terminó. ***Ahora viene gobernar y ojalá con mínimos consensos entre todas las fuerzas políticas sin descalificar al presidente y este tampoco hacerlo con aquellos que no estén de acuerdo con*** él. ***Tal vez el milagro comience así: cuando dejamos de exigir que el otro cambie primero y aceptamos la tarea, lenta y cotidiana, de convivir.***

